

1980

LA ESPAÑA INTOLERANTE

SILVESTRE CODAC

El secuestro de *El libro rojo del cole*, la posterior detención y procesamiento del editor español de esa obra danesa, el secuestro militar de la película *El crimen de Cuenca*, así como el probable procesamiento militar de Pilar Miró, directora del film; la expulsión, por razones oscuras, del director del Ballet Nacional, Antonio Gades, del puesto que al parecer desempeñaba con acierto; las dificultades con que se enfrenta la película *El proceso de Burgos* para ser exhibida en España, y, en general, la capacidad que tiene el mundo oficial para seguir manipulando los grandes medios de comunicación de masas, son ejemplos cotidianos de la intolerancia que sobrevuela este país, achata las mentes y coloca a los españoles entre la nada y la nostalgia.

Parece un destino al que este país está abocado, por su carácter o por sus pecados antiguos. Julio Caro Baroja nos decía, desde su retiro vasco, que contempla cada día una realidad conturbada e intransigente, que parece que la intolerancia es una herencia. "A veces también pienso que es algo inherente constitucional y psicológicamente a los españoles, porque si no no se daría esta intolerancia durante este proceso de institucionalización de la democracia".

No son sólo los poderes —la Iglesia, el Ejército, el Estado— los intolerantes en España, sino que son los individuos los que cabalغان sobre la pantera negra de la intolerancia. "Pero lo que es cierto —decía Caro Baroja— es que los poderes son aquí más intolerantes que en otras partes de Europa, pongo por caso. Pero cuando la intransigencia se manifiesta en las relaciones de las personas con sus prójimos, entonces hay que pensar que no son sólo las instituciones las que se defienden siendo intolerantes, sino que hay algo biológico que hace que el

español se lance contra el vecino para defender su poder o su identidad".

Osadía clerical

Un episodio sobre el que últimamente cabalgó en España la intolerancia fue el proporcionado por el escritor Fernando Savater, cuyo artículo *Osadía clerical*, publicado en *El País* el 21 de marzo pasado, no sólo

to, justo cuando el Congreso de los Diputados aprobaba una nueva Ley de Libertad Religiosa en la que, como novedad importante y reconfortante, no se mencionaba a la Iglesia católica.

Tan cotidianas parecían las ideas vertidas en ese trabajo del filósofo Fernando Savater que un compañero suyo, filósofo y catedrático de la disciplina en la Universidad Autónoma de Madrid pensó al leerlo: "¿Qué quiere hacer Savater con este

que el anticlericalismo, porque existe un clericalismo poderoso, permanece de actualidad. A los intolerantes les aconsejaría ver la película de Griffith para que aprendieran a cambiar de actitud".

Reacciones alérgicas

José María de Areilza, que tiene ideas claras sobre la historia de la intolerancia en nuestro país, experimentó ante las reacciones que mereció el artículo de Fernando Savater igual sensación de perplejidad: "Lo que ha ocurrido —nos dijo el señor Areilza mientras ojeaba con pasión la última novela inglesa de Graham Greene— es que Fernando Savater aplicó al fanatismo de la tolerancia al fanatismo de la intransigencia. Esta posición, explicada con pluma profunda y galana, como se decía antes, produjo reacciones alérgicas. El mismo artículo, publicado en cualquier país europeo, no hubiera sido otra cosa que un comentario de un buen escritor sobre una cuestión cotidiana".

Lo que ocurra, parece ser, es que España no está, todavía, en ningún país europeo, y un trabajo como el de Fernando Savater se recibe aún con estas palabras: "Sangre por sangre y fuego por fuego, la de las guerras religiosas y el de la Inquisición caben en un dedal frente al dolor que han causado el panteísmo o el ateísmo llegados al poder en sólo un siglo de historia universal". Esas palabras, que son del Ya, respondían a "esa especie de fervorín de toma de hábito ateo que Fernando Savater les predicó (a los lectores de *El País*) con el título de *Osadía clerical*".

Los lectores del periódico en el que Savater publicó su fervorín de toma de hábito ateo tuvieron serios encontronazos a ▶



Fernando Savater.

mereció denuestos de los lectores de ese periódico, sino que ganó un editorial del periódico católico *Ya*.

La tesis del artículo no era ninguna novedad, fundamentalmente, porque sólo pretendía airear las viejas fórmulas del anticlericalismo para ponerlas sobre la mesa de la convivencia española y desenmascarar así los poderes que siguen teniendo sectores de la Iglesia católica en nuestro país.

En principio, pues, la fortaleza del artículo estaba en la capacidad de síntesis de que hacía gala el autor y en la oportunidad de publicar tal denues-

artículo trasnochado y decimonónico". Quien se hacía la pregunta era Javier Muguerza, acostumbrado a la vida española, pero enfrascado sobre todo en el estudio de filósofos positivistas y liberales para los que la tolerancia es una norma de pensamiento.

Días después, cuando el *Ya* arremetió contra Savater ("Del insulto a la calumnia" había titulado su editorial el diario católico), el profesor Muguerza encontró la respuesta a su perplejidad: "Claro, da la impresión de que no hemos salido del siglo XIX, de que sigue siendo intocable la Iglesia y de

LA ESPAÑA INTOLERANTE

proposito del dichoso texto. "Creo que el texto —decía un comunicado del director del diario— es digno de la demagogia de los años treinta, pero no de un diario liberal de los ochenta". Otro opinaba que la colaboración de Savater era "ofensiva y vesánica, tópica y trasnochada, carente de altura, dignidad y méritos para acceder a ese medio de difusión". Pero era un accionista del periódico, Angel del Campo, el que resumía, al día siguiente de publicado el artículo, la posición de intolerancia ante las ideas anticlericales de Savater. Estas consideraciones le merecían al señor Del Campo las propuestas del articulista: "Es digno de los viejos libelos que antaño ensuciaron una efímera libertad de prensa". Como corolario, el accionista anunciaba que se despojaba en el acto de sus pertenencias dentro del accionariado del periódico. No cabía protesta más fulminante.

Pero otro accionista, el político e intelectual catalán Antonio de Senillosa, midió así en las páginas del mismo periódico el liberalismo de los que de aquella manera defendían "la prensa de los ochenta" de contaminaciones pasadas: "Gran liberal ese, señor Del Campo. Me gustaría decirle que muchísimos de los que iniciamos esa apasionante aventura que es El País lo hicimos con la intención de que pudieran escribir en él personas con las que no teníamos por qué estar de acuerdo. Lo que sí debían de escribir bien. Y el señor Savater es un buen escritor. Para terminar, y púesé que el señor Del Campo se equivocó al suscribir acciones de El País, estoy dispuesto a comprárselas. Espero que su precio esté en consonancia con su tan cacareado liberalismo".

Por lo que respeta al resumen de la polémica, ese que queda ahí puede ser uno, pero quizá sería injusto, para esta época, abandonar ahí la cuestión, porque lo que ha suscitado ese artículo es un símbolo de lo que pasa.

Un fiscal, Jesús Vicente Chamorro, resumió así las causas por las que la intolerancia persiste en nuestro país: "La intransigencia viene dada por la falta de capacidad que tiene la gente para examinar en público los problemas de fondo que padece".

Es un problema español para José María de Areilza: "El



José María González Ruiz.

español lleva dentro de sí, racial y culturalmente, los genes del fanatismo. Esto viene de muy atrás. Procede, por ejemplo, de la manera en que se

aceptó el catolicismo como creencia que excluía todas las demás y que fue impuesta por la propia religión católica". Es paradójico, señalaba José María de Areilza, que vivamos en un mundo de conocimiento universal hilvanado con alfileres y se quiera aún pasar a la verdad total aplicable a todo.

Ese fenómeno es el que da origen a las dos Españas, a las que el catolicismo —y la intolerancia— divide de una manera neta. El señor Areilza ve a lo lejos una solución: "Hoy la cuestión de las dos Españas está superada en el ánimo de los mejores de un lado y de otro, pero todavía hay bastantes de los malos de uno y otro sector inclinados a perpetuar esa división". Se vio, por ejemplo, cuando las Cortes debatieron las

leyes de Centros Docentes y de Libertad Religiosa. Los que vieron el dichoso artículo de Fernando Savater como un fósil del siglo XIX tenían en trozos de aquellos debates una respuesta decimonónica —y actual— a su rechazo del trabajo del filósofo.

¿Un artículo intolerante?

Fernando Savater se niega a seguir hablando de intolerancia sin definirla primero. "Una de las cosas que han dicho de mi artículo es que también es intolerante, que es una especie de Inquisición al revés. Bueno no creo que ser tolerante sea dar la razón a todo el mundo eso no es tolerancia, sino debilidad

BREVE HISTORIA UNIVERSAL DE LA INTOLERANCIA

JOSE María de Areilza, que ha tratado en diversos escritos el tema de la intolerancia, es un hombre que ha vivido, dentro y fuera de España, procesos intolerantes muy famosos. Suya es esta breve historia de la intolerancia, que ha escrito para TRIUNFO:

"La intolerancia se puede llamar con más propiedad fanatismo, pues ese es el fenómeno que se halla presente en la historia humana desde hace siglos. Tolerante es el hombre que piensa que el adversario puede tener, a veces, razón, y está dispuesto a aceptar, en ocasiones, el punto de vista contrario. Intolerante es quien no consiente siquiera la hipótesis de que su contrincante pueda poseer una parte de la verdad que se discute.

El fanatismo es la intolerancia convertida en doctrina y en ideología. Tiene sus raíces históricas en la fe religiosa y el origen semántico de su vocablo en los arúspices del templo. El fanático posee la verdad absoluta. Se siente elegido para defenderla y propagarla. Piensa que esa verdad lleva consigo el establecimiento de una utopía, sea ésta social, económica, moral o patriótica. No admite las limitaciones de la realidad. Se considera —con los suyos— omnipotente para imponer sus sistemas y esquemas infantiles

a todos los demás hombres. No le importa matar. Sacrificaría a miles de seres para que los demás vivieran mejor en el reino imaginario de su convicción.

En el siglo XVIII se identificó el fanatismo con la religión del antiguo régimen y el oscurantismo inquisitorial. Los filósofos de la Ilustración pensaron que la revolución igualitaria de la libertad acabaría con el fanatismo para siempre. Sin embargo, ocurrió lo contrario. La Revolución francesa acabó creando un fanatismo enloquecido, el del terror jacobino que se ejercitaba en nombre de una utopía política y que acabó en el asesinato de decenas de miles de ciudadanos.

El siglo XIX vio nacer nuevos fanatismos y el siglo XX ha dado a luz, junto a enormes progresos científicos y técnicos, gigantescos regímenes despóticos e inhumanos, basados en la pura irracionalidad con apariencia científica, como ocurrió con el nazismo alemán y las revoluciones rusa y china, por señalar tres ejemplos entre otros muchos.

Entonces se fue abriendo paso una honda y más ajustada interpretación del fenómeno. Fueron Freud y su escuela los primeros en analizar desde el punto de vista psicoanalítico el fanatismo mismo. Buscaron su raíz psicológica en las motivaciones del fanático; en el oscu-



José María de Areilza.

ro desequilibrio de su soledad; en su frustración; en su rencor generalizado; en su apocalipsis final redentora. Hoy día, la bibliografía del análisis de este problema es copiosísima y tiene varias escuelas complementarias. El terrorismo es un corolario de ese teorema universal de la condición humana".

"El fanatismo es un estado de ánimo que se halla latente en el hombre y puede activarse por razones y circunstancias diversas", escribe André Haynal. Es decir, que es un peligro potencial constante. Por eso la democracia plural debe hallarse en constante alerta para prevenirlo. Freud decía que el fanático "es un individuo que toma en serio su propia mezquindad de espíritu". El fanatismo es el eclipse de la inteligencia y el triunfo de la pasión. Gioran lo resumió en una breve sentencia: "Si no se cree en que las ideas son intercambiables, empieza a correr la sangre".



Julio Caro Baroja.

UN EJEMPLO ESPAÑOL

Julio Caro Baroja, etnólogo, escritor, contemplador apasionado y crítico de la vida cotidiana, ve la historia de España surcada por la intolerancia. "No cabe duda de que siempre ha habido una tendencia a la intransigencia, y eso se vio claro en la época de los Reyes Católicos hasta los Austrias y las guerras civiles". Elementos importantes en esa intolerancia eran los que ponía el clero español, "que en el siglo XVIII comenzó a suavizar sus posturas".

En general, dice Caro Baroja, "hay en la intransigencia un fondo de pensamiento primario. El hombre intransigente tiene una fe bastante grande en algo, o cree que la tiene. Cuando esto se produce en un hom-

bre muy elemental, que tiene una idea mágica de la existencia, de manera automática considera a los que no opinan como él representantes de fuerzas malignas a las que debe destruir".

Para acabar con la intolerancia, dice Caro, "es precisa una revolución cultural, pero no hecha con métodos pedagógicos, sino por otros métodos que no sé quién va a aplicar".

El anticlericalismo, con el que se combatía la intolerancia religiosa, es en España un asunto del pasado para Julio Caro Baroja. "Los seminarios están cada día menos habitados. No tiene sentido ya ser anticlerical". Sin embargo, dice, no hay que descartar del todo la existencia de esos sentimientos pasados acerca del clero, porque "todavía hay sectores de las clases urbanas o campesinos preocupados por lo que piensa el clero en un sentido u otro. Pero la progresiva falta de sentido religioso en las gentes acabará finalmente con esa posición clerical o anticlerical que subyació muchas veces en los cimientos de la intransigencia".

lad mental. Decía Bertrand Russell (por cierto, cuánto me alegro de que mi artículo haya servido de homenaje en el décimo aniversario de su muerte) que no es lo mismo un espíritu amplio que un espíritu vacío. La confrontación energética y apasionada en el terreno teórico, la crítica acerva de lo que consideramos erróneo o nocivo, el repudio de aquellos dogmas que a nuestro juicio —siempre a nuestro juicio, desde luego, no tenemos otro, ningún espíritu más o menos santo habla por nuestra boca— entorpecen la liberación del hombre y dificultan una convivencia no coactiva, todo esto no sólo no me parece intolerancia rechazable, sino que constituye la más elemental obligación que impone la honradez intelectual. Ser tolerante no consiste en una forma más o menos aguda del toer mundo e güeno, ni tampoco en ser tan sibilino en las críticas a las instituciones reaccionarias —sean laicas o religiosas, sean iglesias o partidos— que lo más que sienta el censurado sea

un pequeño arañazo que se cura con un simple 'bueno, nadie es perfecto'. Y, por supuesto y ante todo, ser tolerante no consiste en disimular lo que uno es y lo que uno piensa para no molestar a los inquisidores en decadencia cuya última arma es sentirse ofendidos por la presencia explícita de aquellos a quienes ya no queman en la plaza pública como solían; esos

Antonio de Senillosa.



que dicen: 'Por favor, no hace falta que me restrigie usted por las narices que es comunista, eso es revanchismo', o 'Vaya con los judíos, empeñados en afirmarse como tales, son peores que los nazis', o, por último: 'Proclamarse ateo me parece una grosería innecesaria, habiendo niños y señoras delante'".

A Fernando Savater le resulta irónico tener que defender la intolerancia —y su opuesto, la tolerancia— en el siglo actual, y sobre todo considera paradójico que su trabajo se haya convertido en un boomerang, lanzado de rebote contra él como un ejemplo más de la intolerancia patria. El no se ha arreadado y ha afirmado así sus ideas: "Creo que ser tolerante es dejar las leyes lo suficientemente abiertas como para que cada cual pueda actuar dentro de ellas según sus propias convicciones. Prohibir el divorcio o el aborto me parece tan intolerante como prohibir la Misa u obligar a quien no lo desea a recibir una transfusión de sangre. Castigar penalmente la homosexualidad o el uso de drogas me parece tan intolerante como no autorizar los cultos de la Semana Santa o despedir a alguien de su trabajo por asistir a la adoración nocturna, a no ser que pertenezca al turno de noche. No dejar a los particulares expresarse con absoluta libertad sobre la Iglesia; el Ejército, la Monarquía o el Estado me parece una tan repudiable muestra de intolerancia como perseguir judicialmente al que se equivoca en sus cálculos matemáticos o a quien comete malos sonetos. En una palabra, intolerancia es hacer las leyes de tal modo que no reflejen efectivamente la multiplicidad de actitudes vitales que se dan de hecho en la sociedad, dejando en la illicitud o clandestinidad una serie de conductas que pueden ser de-

Juan Cueto Alas.



fendidas racionalmente y que como tales son autorizadas en buena parte del mundo".

De la teoría a la práctica. El objetivo de Savater era un objetivo de siglos: la Iglesia católica, que en su artículo era definida con los epítetos más gráficos, sobre una conducta que secularmente ha estado próxima a los deseos del poder, informando una manera de ser del ciudadano español. "Creo que la influencia de la Iglesia católica en España —dice ahora Fernando Savater— es intolerante en este sentido: más allá de pedir respeto para sus convicciones, lo cual es lícito siempre que por tal respeto no se entienda estar a salvo de críticas y opiniones opuestas, sino tan sólo no padecer discriminatorias cortapisas legales, la Iglesia pretende conformar este país a su imagen y semejanza, sin reconocer efectivamente el hecho de que está habitada por numerosísimos ciudadanos de ideología nada cristiana en el sentido eclesial de la expresión. En el terreno de las costumbres la Iglesia es una multinacional conservadora, como las otras lo son en el plano económico. Aunque en algún caso la Iglesia pueda ser progresista en el terreno político —en Latinoamérica, por ejemplo— nunca lo es en lo moral, en lo que atañe a la vida cotidiana, y eso me parece grave y contra eso hay que luchar".

El teólogo José María González Ruiz no está de acuerdo con la exposición de Savater en lo que ésta tiene de generalización de la conducta de la Iglesia. Hace salvedades el teólogo: "En primer lugar, para mí hay dos intolerancias, una de contenido y otra de formas. No condeno la primera porque considero que todos tienen derecho a expresar sus opiniones. Me parecen fundamentales las formas, la ausencia de insulto, el respeto a las reglas del juego, que no deben olvidarse ni de una parte ni de otra. En el caso de Savater, del que soy amigo y lector, creo que el contenido de lo que decía no era científico, sino maniqueo, además de haber faltado en su escrito a las reglas formales de las que hablo". Pero la intolerancia sigue, dice González Ruiz. A él mismo le acaban de censurar en la revista *Cáritas* —no por parte de la dirección de la revista, sino por imposición de "instancias superiores"— una respuesta en la que citaba un estudio de la Universidad Gregoriana de Roma según el

para millones de niños,
su mundo, es un juego
de vida o muerte



ayúdeles
a vivir

unicef
ASOCIACION UNICEF ESPAÑA
APARTADO 12021 MADRID

Hay un mundo de millones de niños, con
carencia de alimentos, atención médica,
educación, respeto y cariño.

Unicef (Fondo de las Naciones Unidas
para la Infancia) está dedicado a ayudar
a millones de niños que carecen de educación,
salud y bienestar, a través de programas
educativos y sanitarios.

Mucho se ha realizado, pero aún queda
mucho por hacer.

Unicef, que sólo cuenta con aportaciones
voluntarias de instituciones y personas,
le pide su colaboración y un número de
millones de niños, le da las gracias.

ASOCIACION UNICEF-ESPAÑA

BOULEVARD DE AVENIDA DE LAS NATIONS UNIES 12021 MADRID

Nombre y apellidos: _____

Dirección: _____

Ciudad: _____

País: _____

Fecha de nacimiento: _____

Profesión: _____

Actividad: _____

En caso de envío, por favor indicar el número de la tarjeta postal.

Nombre: _____

Ciudad: _____

País: _____

Fecha de nacimiento: _____

Profesión: _____

Actividad: _____

En caso de envío, por favor indicar el número de la tarjeta postal.

Nombre: _____

Ciudad: _____

País: _____

Fecha de nacimiento: _____

Profesión: _____

Actividad: _____

En caso de envío, por favor indicar el número de la tarjeta postal.

EL MUNDO DEL MOTOR



AUTOBUSES PEGASO EN CUBA

La Empresa Nacional de Autocamiones ha suscrito dos importantes contratos para el suministro de 150 autobuses a Cuba. Se trata de 100 autobuses 6035/4, similares a los usados por la EMT de Madrid, y de los que ya circulan otros 700 en Cuba, que se enviarán en régimen de CKD y serán ensamblados en la planta cubana de Guanajay. Asimismo, otros 50 autobuses Pegaso del tipo articulado y carrozados íntegramente en España, forman un nuevo contrato de unidades completas que Enasa enviará en las próximas semanas. El montante total de estas operaciones en Cuba asciende a 10 millones de dólares y representan un parque actual de la marca española con más de 5.000 unidades rodando en aquel país. ■

LA ESPAÑA INTOLERANTE

cual el 75 por 100 del staff del clero occidental padecía neurosis, el 15 por 100 precisa asistencia psiquiátrica y el 10 por ciento restante de los componentes de ese clero están sanos. "La institución padece neurosis, y mientras no se reconozca su propia enfermedad es obvio que no podrá salir de sí misma y comprometerse. Así que mientras ese mal persista seguirá la intolerancia. No se trata de un problema religioso, ligado a la interpretación de Dios o de Cristo. Se trata, simplemente, de la intolerancia que manifiesta la Iglesia como institución de poder".

La soledad de Oscar Arnulfo Romero

Acabamos de asistir a un proceso de intolerancia eclesiástica, protagonizado por el obispo salvadoreño Oscar Arnulfo Romero, asesinado mientras oficiaba Misa en su país. "Yo fui condiscípulo en Roma de Oscar Arnulfo Romero —nos cuenta el teólogo González Ruiz— y soy testigo de su soledad. El nuncio estaba en su contra, sus compañeros de episcopado no le apoyaban. Sólo recibía solidaridad de sus amigos de Brasil. Aun así, a pesar de ser un hombre tímido, tembloroso y lleno de miedo, asumió por honestidad la labor de denuncia de lo que pasaba en su país. Por esta actitud le marginaron, y en Roma tuvo que acudir a una audiencia pública y colocarse en primera fila para que Juan Pablo II le concediera la audiencia privada que llevaba pidiendo desde hacía mucho tiempo. Le condenaban por imprudente y ahora le levantan mausoleos. Quieren capitalizar su martirio, como capitalizaron el martirio de San Francisco de Asís, que también había sido despreciado por el Vaticano. Y lo que yo digo: si era imprudente la actitud de Oscar Arnulfo Romero antes de su muerte, también debía serlo después".

A pesar de este ejemplo de grave intolerancia, el teólogo González Ruiz estima que la intolerancia religiosa ha descendido en España, y asegura que muchos amigos suyos son menos libres en los grupos políticos en los que militan que él mismo, que continúa diciendo cosas y siendo crítico dentro de la Iglesia, sin que esas formulaciones

le acarreen perjuicios graves. En cuanto a la intolerancia en general, José María González Ruiz cree que "la razón de la intransigencia es la existencia de una oligarquía que manda mucho. El pueblo es tolerante a nivel de base. La intolerancia es vertical. La democracia, por ahora, es un legado del dictador. El pueblo no tiene voz. A nivel privado la gente es muy tolerante. Durante siglos la mezquita de Córdoba sirvió para cristianos, judíos y moros". La intolerancia vino después, y llegó impuesta desde arriba.

Tanto González Ruiz como el fiscal Chamorro creen que la intolerancia tiene una raíz económica. "Como la palabra es costosa, nos la secuestran. Pronto tendremos que comunicarnos a través del tam tam", dice González Ruiz. El señor Chamorro, por su parte, afirma que "la intolerancia aparece cuando surgen los uniformes, aparecen los problemas económicos y persisten las formas medievales de la riqueza". Pocos ejemplos ve Jesús Vicente Chamorro de tolerancia en España. Si acaso, señala, "la capacidad que tuvieron los que lucharon contra el fascismo para luego, al empezar el cambio político actual, aceptar la renuncia de algunos de los que habían sido sus ideales y firmar un consenso que beneficiaba a otros". En el seno de la Iglesia él ve que, a pesar de algunos gestos de arrepentimiento de actitudes pasadas, denunciadas algunas de ellas en el artículo de Savater, "la estructura de la Iglesia no ha sido modificada, y sigue dando lugar y siendo origen de intransigencias".

País de anatemas y de verdades absolutas, impuestas desde arriba, lugar en el que el defen-della y no enmendalla que denunciaba Unamuno persiste. "La tolerancia no existe —dice Chamorro—. Lo que existe es la intolerancia, y eso está entre nosotros desde tiempos de Asdrúbal".

Como decía Juan Cueto en el último coloquio de La clave, en Televisión Española, sobre el tema de la penitencia, este es un país de fanáticos que no tienen la mirada distraída ni aceptan la pluralidad. Cuando nos toleramos los unos a los otros y perdamos el sentido de fanatismo que preside nuestra convivencia, decía Cueto, esta convivencia será más rica y menos impuesta. ■ S. C.